



ATÉNAS MODERNA.



ÚLTIMA LAMENTACION

DE

LORD BYRON.

(AÑO DE 1823.)

I.

Otra vez incansable peregrino,
ansioso de cruzar pueblos extraños,
vuelvo á emprender el áspero camino
que seguí errante en mis primeros años.
Al duro peso del dolor me inclino,
póstranme fatigosos desengaños ;
pero arrastrado á mi pesar me siento
como las hojas secas por el viento (1).

II.

Huérfano y solo abandoné mis lares,
 marcando el rumbo hácia remotos climas,
 surqué á mi antojo procelosos mares
 y hollé la nieve de empinadas cimas.
 Mas do quiera la hiel de mis pesares
 vertí en acerbos y sonoras rimas ;
 por todas partes implacable y frio
 fué detras de mis pasos el hastío.

III.

¿ Por qué, por qué desde mi abril temprano
 molesto huésped á mi hogar se sienta,
 la copa del placer rompe en mi mano
 y hasta en los brazos del amor me afrenta ?
 ¡ Ay ! ¿ Quién pregunta al férvido oceano
 por qué ruge ó se aplaca la tormenta ?
 Como el profundo mar, ¿ no tiene el alma
 terribles horas de angustiosa calma ?—

VI.

Más terribles quizá, porque es más grande,
 y en su furor satánico no tiene
 ley que la rija, halago que la ablande,
 ni costa que sus ímpetus refrene.
 Ya brusca y pavorosa se desmande,
 ya sus olas indómitas serene,
 la causa á que obedece queda oscura.
 —¿ Es el poder del genio ? ¿ Es la locura ?—

V.

¡ El genio ! ¡ La locura !... ¿ Quién decide
 tan difícil cuestion ? ¿ Quién fija y nombra
 la línea imperceptible en que coincide
 la clara luz con la nocturna sombra ?
 ¿ Dónde está nuestro juicio ? ¿ Quién le mide ?
 ¡ Con frecuencia el azar ! ¿ Y á quién no asombra
 ver que la humanidad cobarde ó ciega,
 al éxito se rinde y se doblega ?

VI.

Pirámides de cráneos contra el cielo
levanta Tamerlan una tras una ;
oprime el Asia sin temor ni duelo,
y es grande, y la lisonja le importuna.
Locos son Catilina y Massanielo
porque les fué contraria la fortuna,
que la suerte quizás no merecida,
es genio, y es demencia la caída.

VII.

Mas ¡ay! ¿qué valen mis cansadas quejas?
Con mis vanos lamentos ¿qué consigo?
Viejo es el mundo, sus desdichas viejas,
y en sus crímenes lleva su castigo.—
Nunca, tedio mortal, nunca me dejas,
donde quiera que voy tú vas conmigo,
y no sé resistir cuando me envias
noches sin sueño y fatigosos días.

VIII.

¡Dias de horrible laxitud! El cielo
trasparente y azul me causa enojos,
cubre la tierra insoportable velo
y el llanto nubla sin razon mis ojos.
Como un sepulcro el corazon de hielo
guarda de mi entusiasmo los despojos,
y están en esas horas de bonanza
mudo el deseo y muda la esperanza.

IX.

No acierto á comprender qué afinidades
hay entre el mar y el pensamiento humano,
entre esas dos augustas majestades
que el abismo contienen y el arcano.
Hondas borrascas, sordas tempestades
conmueven la razon y el oceano :
sólo que ruge el mar cuando batalla
y el pensamiento en sus tormentas calla.

X.

¡Venga la tempestad! Cuando resuena
su fragorosa voz, y estalla el rayo,
y el huracan encrespa su melena,
sacude el alma su mortal desmayo.
Entre el horror de la sublime escena
aliento, gozo, á mi placer me esplayo.
Despues... vuelve la calma abrumadora
y el tedio de la vida me devora.

XI.

Partí de cara al sol. No sé que extraña
y misteriosa fuerza me impelia
á esas regiones fértiles que baña
la fecundante luz del Mediodía.
Italia, Grecia, Portugal y España,
pueblos gigantes cuando Dios queria
y hoy sombra nada más de lo que fueron,
con sus muertas grandezas me atraieron.

XII.

Descendí por la rápida pendiente
de los agrestes Alpes, que, vecinos
al sol, elevan su nevada frente
orlada á trechos de silvestres pinos :
salvando ya el abismo, ya el torrente,
ya el traidor ventisquero, por caminos
que abrió el barreno en la montaña dura,
bajé de Italia á la feraz llanura.

XIII.

¡ Con qué consolador recogimiento
yo, pobre y olvidado vagabundo
sin hogar y sin lazos como el viento,
miré á mis plantas el verjel del mundo !
Europa en vergonzoso enervamiento
yacía entónces y en sopor profundo,
cual gladiador que tras penosa brega
sus recios miembros al descanso entrega.

XIV.

¡ Oh, bien me acuerdo ! Reposaba todo,
y recogía atónita la historia
la sangre con las lágrimas, el lodo
con la virtud, la infamia con la gloria.
Era pasado el trágico periodo
que vivirá del tiempo en la memoria,
en que acosada el águila del Sena
cayó, para no alzarse, en Santa Elena.

XV.

¡ La guerra enmudeció ! Sólo el tirano
que en los arduos empeños de su vida
supo ser, con aliento soberano,
en todo grande, excepto en la caída,
se revolvía en el peñon lejano
con ruda y formidable sacudida :
el mar encadenaba su egoismo
y era un abismo en medio de otro abismo.

XVI.

Mas ! ay ! ¿ Por qué fatalidad que aterra,
por qué inconstancia de la suerte impía
al hundirse el azote de la tierra
más feroz despertó la tiranía ?
Cuando cambió la asoladora guerra
los destinos humanos en un día,
la presa que las águilas soltaron
mil carnívoros buitres devoraron.

XVII.

No fué ya el despotismo del coloso
que, como rio de encendida lava,
al avanzar rugiente y proceloso
con sus olas de fuego deslumbraba.
El fanatismo fué torpe y mañoso
que los cimientos de la fe socava ;
fué el miedo suspicaz, el más inmundo
de los tiranos que soporta el mundo.

XVIII.

No vistió nunca el militar arreo,
 y fué, al moverse entre la sombra oscura,
 su casco de batalla el solideo
 y el monástico sayo su armadura.
 Incansable y voraz como el deseo,
 mortal como la lenta calentura,
 blandió contra la tierra amedrentada
 más la cruz que la punta de su espada (2).

XIX.

Si es ley que la revuelta muchedumbre
 el yugo sufra de atrevida mano,
 que la enaltezca al ménos y deslumbre
 con sus épicas glorias el tirano :
 y ya que con forzada servidumbre
 pague sus culpas el linaje humano,
 el brazo vigoroso que le venza
 infúndale terror, y no vergüenza.

XX.

En el nombre de Dios la heróica España
 que al mundo despertó de su letargo,
 como premio debido á tanta hazaña
 sufre martirio ignominioso y largo.
 De la propia opresion y de la extraña
 coge Italia infeliz el fruto amargo,
 y cual botin en manos de bandidos
 ve sus hermosos campos repartidos.

XXI.

En el nombre de Dios los calabozos
 abren sus anchas fáuces, nunca llenas,
 donde sólo responde á los sollozos
 dél desdichado, el son de sus cadenas ;
 en el nombre de Dios viejos y mozos
 en extranjero hogar lloran sus penas ;
 en el nombre de Dios fiera cuchilla
 cercena la cerviz que no se humilla.

XXII.

¡Todo en nombre de Dios! ¡Blasfemia horrenda!
Yo sé que para el Dios de mis mayores
el humo del incienso es grata ofrenda,
no de la hirviente sangre los vapores.
Iris de santa paz en la contienda,
sé que extiende sus brazos redentores
para estrecharnos con amor profundo,
¡ay! pero no para oprimir el mundo.

XXIII.

Te han calumniado ¡oh Dios! Tú oyes el grito
del corazón doliente y consternado,
tienes misericordia y no has proscrito
la augusta libertad. ¡Te han calumniado!
Si la insaciable sed á lo infinito
que aguija mi razón es un pecado,
si únicamente para el mal existe,
responsable no soy. ¡Tú me la diste!

XXIV.

No puede ser que viva el pensamiento
dentro de mí como enjaulada fiera;
sólo para alumbrar nuestro tormento
la antorcha del espíritu no ardiera.
La fe que busco, la inquietud que siento,
el negro abismo, la insondable esfera,
lo invisible, lo incógnito, lo arcano
todo está abierto al pensamiento humano.

XXV.

Si congojoso afán le ofusca y ciega
y alguna vez quizás, cuando le asombra
la oscura soledad por do navega,
no te ve, no te siente, no te nombra;
si en su aflicción te niega, ¿quién te niega?
Un átomo, la sombra de una sombra
en la inmutable eternidad perdida:
ménos que sombra; ¡el sueño de una vida!

XXVI.

¡ Desgraciada del alma que sin tino
 en alas del error su vuelo encumbra,
 y abandonada y sola en su camino
 niega la misma luz que le deslumbra ;
 que ve á lo léjos el fulgor divino
 y no acierta á salir de la penumbra ;
 que avanza, confundida á cada instante,
 siempre desesperada y siempre errante !

XXVII.

¡ Ay! He dudado, dudo todavía ;
 pero nunca de tí. Si te ocultaras,
 mi ardiente conviccion te encontraria.
 Pueden turbas frenéticas ó ignaras
 renegar de Jesus y de María,
 quemar sus templos, profanar sus aras ;
 puede en horas de espanto y desconsuelo
 como el Olimpo desplomarse el cielo.

XXVIII.

Pueden, cual otras ántes, nuestras vivas
 creencias sepultarse en el vacío,
 pues no porque las ondas fugitivas
 vayan al mar, desaparece el rio.
 Pueden trasformaciones sucesivas
 cambiar la faz del mundo á su albedrío :
 tú siempre flotarás con tus eternas
 leyes, sobre los orbes que gobiernas.

XXIX.

Si chocaran, haciéndose pedazos,
 los astros con horrible desconcierto ;
 si rotos ¡ ay! de la atraccion los lazos
 se desquiciara el universo muerto ;
 si quedara al impulso de tus brazos
 el espacio sin fin mudo y desierto,
 y el tiempo con sus noches y sus dias
 dejara de existir, tú existirias.

XXX.

Mas ¿á qué esfera mi incesante anhelo
me arrebatá y trasporta? A pesar mio
por la excelsa region remonto el vuelo,
subiendo en pos de la verdad que ansío.
Pero el dolor que me sujeta al suelo
fuérmame á descender trémulo y frio,
cual ave que aletea inquieta y viva
dentro de la prision que la cautiva.

XXXI.

¡ Torno á la triste realidad! ¿ Y á dónde
podré volver mi tétrica mirada,
sin que me aflija la abyeccion que esconde
nuestra mezquina y lóbrega morada?
Cuanto más sufra, cuanto más ahonde,
cuanto más baje el alma infortunada,
tanto mayor le mostrará la tierra
el abismo sin término que encierra.

XXXII.

¡ Ay! ¡ Yo le he visto con horror! Yo mismo
de incertidumbre y de terrores lleno,
voy rodando hácia el fondo de ese abismo
do se amasa con lágrimas el cieno.
La infamia, la traicion y el egoismo
me han brindado su cáliz de veneno,
y he sentido, al beber su última gota,
rota mi lira y mi existencia rota.

XXXIII.

¡ Patria! ¡ Risueño hogar! ¡ Caliente nido
que nunca más veré! Turbado y mudo
de vosotros llorando me despido,
y con adios patético os saludo.
¿ En dónde está la fuente del olvido
para agotarla toda? En vano acudo
á mi flaco valor y lucho en vano
contigo. ¡ Oh mi recuerdo! ¡ Oh mi tirano! (3)